

los abandona. Recibe, pues, con grande dulzura, y consuela al que te descubre su corazón y lo que tiene más oculto en su conciencia : *amonéstale con espíritu de mansedumbre, y tú considérate á tí mismo, no seas también tentado* ¹. »

« Acuérdate de san Antonio, y tén siempre á la vista sus escritos. Ayunaba continuamente, llevaba á raiz de la carne un cilicio, y sobre él un hábito de pieles : sufrió largos y muy grandes trabajos : no sabia lo que era bañarse : nadie vió su cuerpo descubierto. No entro en más detalles ; pero al mismo tiempo debo hacerte notar, que aparecía mucho más robusto y fuerte que los que tienen buena mesa, que los que se dan baños y están ricamente vestidos. »

« Si la íntima amistad con algún religioso fuese perjudicial á tu alma, sepárate de el ; pues dice un Santo : procura tener paz y caridad con todo el mundo ; pero procede siempre con moderación. Al darte este consejo, no quiero que odies al prójimo, sino que le alejes del pecado. »

No nos extenderemos más en este resumen de los consejos que daba san Efrén á los novicios, con tanta más razón, cuanto que hemos de exponer en su lugar correspondiente su doctrina espiritual. Basta con lo dicho para que pueda formarse una idea exacta de los principios en que se educaban los religiosos de su época. No se les hablaba más que del desprendimiento del mundo, del desprecio de sus vanidades, de mortificación, de humildad, de obediencia, de caridad, de pobreza voluntaria, de castidad y de amor de Dios. Insistiendo en estos puntos esenciales, es como se inculcaba fuertemente la virtud en el espíritu de los principiantes, y se les hacía pasar á lo más íntimo de sus corazones. De esta manera los monasterios eran verdaderas escuelas de las virtudes evangélicas, en que se cultivaban con esmero, se conservaban con fidelidad, y se practicaban con perfección.

¹ Galat. vi. 1.

SAN JACOBO, ANACORETA Y OBISPO DE NISIBIS. — SAN JULIANO, SOLITARIO ¹

Tillemont opina que san Jacobo fué el padre de los anacoretas de la Mesopotamia, porque no hacía anterior á su tiempo el establecimiento del estado monástico. Pero no hay ningún autor de la antigüedad que tal cosa diga, y por otra parte, si, como confiesa este sabio crítico, el tiempo en que vivió este Santo no permite asegurar que este género de santa vida pasase del Egipto á la Mesopotamia, preciso es convenir es que se estableció, ó ántes de que hubiese monjes en Egipto, ó á lo sumo, al mismo tiempo.

Nisibis, ciudad muy célebre en los confines del imperio romano y del de los persas, dependía de los primeros en la época del nacimiento de san Jacobo ; pero poco despues pasó al dominio de los segundos. Además del nombre de Nisibis que le daban los sirios y asirios, llevó el de Antioquia, y el sobrenombre de Migdonia ² á causa del rio Migdonio, ² que la regaba, y dividía en dos partes.

En esta ciudad, pues, y á fines del siglo tercero, nació el Santo de que hablamos, como puede conjeturarse del contexto de su vida. Dice Gennadio, que fué del número de los confesores del nombre de Jesucristo bajo Maximiano, á quien obedecía la Mesopotamia. Esto nos inclina á creer que nació ántes del fin del siglo tercero, á no

¹ San Efrén, Gennadio, Nicéforo, y Teodoreto.

² Antioquia Migdonia.

³ Hoy Sindjar.

ser que fuese muy joven, cuando tuvo el honor de confesar la fé ante el tirano. Aseguran los griegos que sufrió muchos tormentos en esta confesión, y Nicéforo lo enumera entre los obispos del concilio de Nicea, que llevaban en sus cuerpos las marcas insignes de lo que habian sufrido en las persecuciones.

Sin embargo, Teodoreto no habla de esta circunstancia de su vida que tanto le enaltece, aún cuando tuviera ocasión de haberlo hecho, al referir la parte que tomó en este concilio. Pero si el silencio de este escritor constituye argumento negativo, no destruye enteramente el hecho; pues no nos dá más que un resúmen de su vida, y apénas ha hablado de su nacimiento, pasa á su entrada en la soledad. « Abrazó, dice, la vida solitaria, y escogió para morada la cumbre de las más altas montañas. Pasaba en el bosque la primavera, el estío y el otoño, y cuando llegaba el invierno, se retiraba á una caverna. No se alimentaba más que de lo que naturalmente producía la tierra, es decir, de frutos silvestres y de yerbas, y esto en la cantidad estrictamente necesaria para la conservación de la vida. Jamás encendía lumbre, ni para preparar sus alimentos, ni para calentarse, y por vestido tenia un hábito muy rudo de piel de cabra. »

Mientras que de esta manera afligía su cuerpo para reducirlo á servidumbre, nutria su alma con un alimento celestial, y la levantaba con entera libertad á Dios, de quién recibía consoladoras comunicaciones. En ellas su alma tan pura y desprendida de los sentidos, adquiría luces extraordinarias. Le fué también otorgado el don de penetrar los secretos de lo porvenir, y de que se le concediesen todas las gracias que pedia.

Se cree que fué sacerdote, y tal vez tendria este orden sagrado, cuando, según refiere Teodoreto, fué á Persia á visitar los cristianos que allí existían, y fortalecerles en

las tribulaciones que experimentaban. En este tiempo la idolatría se hallaba favorecida por los emperadores romanos, y los cristianos de Persia podían considerarse como tiernas plantas, que era preciso cultivar.

Además de la estimación en que se le tuvo por sus admirables virtudes, se hizo respetar por dos milagros que obró: el uno para castigar la desvergüenza de algunas mujeres, y el otro para corregir á un juez inicuo. En ocasión en que el Santo pasaba por una fuente, algunas mujeres que lavaban sus rapas, le miraron descaradamente, teniendo sus cabezas y pies más descubiertos de lo que permite la modestia. Para corregirlas, maldijo la fuente, que quedó al punto agotada, y ellas mismas sufrieron los efectos de esta maldición, pues su rostro se arrugó y sus cabellos encanecieron, cual si fuesen repugnantes ancianas. Llenas de terror, corrieron á la ciudad manifestando lo que les habia ocurrido, y todos los que las veían se dirigieron, llenos de compasión al Santo, para suplicarle que hiciese cesar este doble castigo. Hizo efectivamente su oración, y la fuente empezó á correr nuevamente. En cuanto á las mujeres, como quiera que se negasen á venir ante su presencia, quedaron en su lastimoso estado, para que su castigo las enseñase á ser más modestas.

En otra ocasión fué testigo de una sentencia injusta dada por un juez persa, y en el ardor de su celo por la justicia maldijo y redujo á pequeños pedazos una piedra enorme, lo cual espantó de tal manera al juez y á todos los asistentes, que revocó la sentencia, y dió una contraria. « En esta ocasión, dice Teodoreto, imitó este Santo la dulzura del divino Maestro, haciendo caer su maldición sobre la piedra y no sobre al juez, para que el efecto producido en este objeto insensible, le hiciese más equitativo en sus sentencias. »

Tan admirables prodigios y el amor que todo el mundo

le profesaba le llevaron á la cátedra de Nisibis, su patria; pero fué preciso hacerle violencia, para que dejase su amada soledad. Una vez elevado á tan alta dignidad, no cambió su género de vida: ayunaba y se acostaba sobre la desnuda tierra, como ántes, y á las austeridades de su vida añadió los trabajos del cargo pastoral, de suerte que trabajaba mucho más que cuando estaba en el desierto. Tenia un cuidado especial de los pobres, de las viudas y de los huérfanos. Socorria á los que se hallaban en aflixión; reprendia la maldad de los opresores, y para decirlo en pocas palabras, cumplia con exacta fidelidad todos los deberes del ministerio episcopal, porque no abraba sino con el fin de agrandar al Señor del rebaño que se le habia confiado.

Su caridad para con el prójimo le proporcionó ocasión de hacer dos milagros en favor de una misma persona. Pasando un dia por un lugar, unos pobres le pusieron delante á uno de sus compañeros que simulaba estar muerto, y le pidieron que les diese para sepultarlo. Dando crédito á sus palabras el Santo, les entregó un poco de dinero, y rogó al Señor que tuviese misericordia del difunto: pero mientras que hacia esta oracion, espiró el simulado difunto sin que nadie se apercibiese.

Despues de este acto de caridad continuó su camino, mientras que los pobres hacían que se levantase su compañero; pero inútilmente, porque habia muerto. Corrieron al punto trás el Santo, se postraron á sus pies, le pidieron perdón de su impostura, y le rogaron que volviese á la vida á su compañero, como así lo hizo efectivamente. Un caso semejante habia ocurrido ántes á san Gregorio Taumaturgo, y otro despues á san Epifanio; pero estos Santos dejaron á los malvados en la muerte que habian merecido: pero san Jacobo no sólo hirió de muerte al impostor, sino que hizo el nuevo prodigio de volverle á la vida.

Sigamos á san Jacobo al gran concilio de Nicea, celebrado el año 325, en que fué solemnemente condenada la herejía de Ario. « Se presentó en él, dice Teodoreto, como uno de los principales jefes del ejército de Jesucristo, para combatir en defensa de la fé católica. Nueve años despues el emperador Constantino hizo venir á Ario á Constantinopla, y mandó á san Alejandro, obispo de esta ciudad, que le admitiese en la comunión de la Iglesia: pues muchos obispos, algunos de los cuales favorecian sus errores, creyeron que los habia abjurado, y se hallaba sinceramente convertido, por lo cual intercedieron por él. Pero Alejandro, que conocia mejor que nadie su profunda malitia, se resistió á sus instancias. Hallábase á la sazón en Constantinopla san Jacobo, y aconsejó al pueblo que hiciese un ayuno de siete dias para implorar la misericordia de Dios en tan tristes circunstancias. Dios vino, efectivamente, en auxilio de su Iglesia, y la muerte trágica de Ario, que todo el mundo conoce, fué una prueba evidente de que habia oido las oraciones de san Alejandro, de san Jacobo y de los verdaderos católicos.

Quiso Dios también patentizar de una manera no ménos evidente, cuán aceptas le eran las oraciones de nuestro Santo, cuando Sapor, rey de Persia, vino á poner cerco á la ciudad de Nisibis en 350. Ya en otras dos ocasiones, en 338 y en 346, habia sido rechazado por las oraciones del Santo. Pero habiendo sabido el emperador Constancio la rebelión de Magencio, y queriendo pasar á Occidente con objeto de sofocarla, creyó encontrar Sapor la ocasión oportuna para poner nuevamente cerco á esta ciudad, que era la plaza más fuerte del imperio romano en las fronteras. Vino, pues, con un numeroso ejército: levantó torres, y empleó todas las máquinas de guerra que entonces se conocian. Pero viendo que nada habia adelantado despues de setenta dias de trabajos, pues los hacian inú-

tiles las oraciones del santo obispo, tuvo el acuerdo de detener por medio de un dique que hizo construir más arriba de la ciudad, las aguas del río Migdonio que la atravesaban. Cuando el dique había retenido una considerable cantidad de agua, la dejó ir con impetuosidad sobre la muralla, que quedó destruida.

Los persas prorumpieron en grandes gritos, creyendo que podrían dar fácilmente el asalto, y lo diferieron hasta el día siguiente, porque las aguas hacían inaccesible la plaza. Pero durante la noche repararon los habitantes de la ciudad la murallas, empleando una diligencia increíble, mientras que san Jacobo y las personas imposibilitadas de trabajar oraban en la Iglesia. Así es que á la mañana siguiente quedaron sorprendidos los persas al ver una nueva murallas, á la que no podía subirse sino con el auxilio de escalas. Sapor hubo de aproximarse para cerciorarse por sí mismo de la verdad de lo que se le decía, y le pareció ver sobre la muralla al emperador romano, cuya púrpura y diadema arrojaban una claridad maravillosa. Esto le llenó de ira contra los oficiales de su ejército que le habían aconsejado el cerco en la creencia de que el emperador estaba ausente. Pero como estos le asegurasen que Constancio había partido efectivamente para el Occidente, y que en la actualidad se hallaba en Antioquía, comprendió lo que significaba esta visión; pues como dice Teodoreto, « era san Jacobo el que Dios hizo que apareciese revestido con las insignias imperiales. » No quedándole duda de que Dios auxiliaba á los Romanos, arrojó un venablo hacia el cielo, cual si pretendiese vengarse de él.

Entonces san Efrén, que era discípulo del Santo, le rogó que lanzase su maldición contra el enemigo, y subiendo á una torre, desde la cual lo divisaba, pidió al Señor que enviase una plaga de mosquitos sobre los persas, para hacer

brillar su poder por medio de estos miserables animalillos. Y ¡ prodigio admirable! al punto cayó sobre ellos una nube abrumadora de insectillos que, penetrando en las trompas de los elefantes y en las orejas y narices de los caballos, les hacían correr despavoridos y romper las bridas y arneses. No pudiendo Sapor resistirse al poder de Dios, levantó vergonzosamente el sitio, y se retiró con presteza á la capital de su imperio. Nunca pudo olvidar este desastre, pues habiendo vuelto á la Mesopotamia en 360, se apoderó de otras ciudades, y en particular de Singaro, y no quiso atacar á Nisibis, por más que hacía cerca de diez años que había muerto san Jacobo.

No señalan los autores la época de su muerte: sólo dicen que acaeció en tiempo de Constancio. Teodoreto añade, que, perseverando y adelantando de día en día en la piedad, consumó su vida lleno de gloria. Pero es de creer que murió el año 350, poco después del levantamiento del sitio, y tal vez el último día de octubre, en que los griegos celebran su fiesta.

El emperador Constantino le tenía en tanta estimación, que mandó á su hijo, que, ocurrida la muerte del Santo, le hiciese enterrar en Nisibis, para que fuese el defensor de esta ciudad, no obstante la costumbre que tenían los romanos de no enterrar dentro de las ciudades. Constancio lo ejecutó fielmente; pero habiendo tomado Juliano el Apóstata las riendas del imperio en el año 361, ordenó que se le sacase de la ciudad, tanto en odio á la fe, como para destruir, en lo posible, todo lo hecho por Constantino.

Joviano, que le sucedió, vióse obligado á entregar esta ciudad á los Persas en el año 363. Todos los cristianos tuvieron que salir de ella, llevando consigo el cuerpo de su santo protector. » En medio de las lágrimas con que se separaban de su patria, dice Teodoreto, no dejaban de cantar las alabanzas del Santo, asegurando que si viviese, no les